

LA JOVEN POESIA DE CALDAS

FERNANDO MEJIA MEJIA

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Carlos López Narváez, gran poeta y letrado, cuya autoridad crítica está fuera de toda discusión, ha dicho de Fernando Mejía Mejía que es “un poeta en quien lo más seductor es la personalidad y temperamento del artista, sin el banal disfraz de originalidades rebuscadas; un poeta que procede bajo la norma de la naturaleza, también en los laboratorios del alma, existe en profundidad; un poeta, en fin, que dentro de su hombría deja gorjear al niño: suma que constituye una de las más raras virtudes que puedan existir”.

Mejía Mejía, poeta simplemente y gran poeta, restaura en definitiva nuestra fe en la vieja verdad de la poesía. Que es territorio de encanto y maravilla y no crucigramático huerto de acertijo y abracadabra que en nada desemboca ni nada cura.

Poeta de dentro hacia fuera, con su temblor entrañable. Poeta con las reacciones verdaderas del hombre esencial, con su corazón y con su sangre. Atento a sí mismo y al prodigio vital y a la dispersa armonía. Y a la magia de las cosas. Y a la sabia complicidad. Y a todo lo que es oro cierto de la emoción y no adocenado similor en busca de fácil clientela sofisticada.

Ya desde el primero de sus libros —publicado en 1961 dentro de la Biblioteca de Escritores Caldenses, como VI volumen de la segunda época de aquella meritoria serie bibliográfica— Mejía Mejía aparece como un poeta logrado. Allí, en “La Inicial Estación”, se le encuentra ya en versos como estos:

*“He retornado hacia el olvido
por los caminos más distantes:
el de la angustia me ha clavado
todos sus clavos torturantes;
el del amor me ha desterrado
con sus vocablos delirantes;
y solo en mí crece la noche
con su tiniebla interminable”.*

Poco más de dos años después —en julio de 1963— Fernando Mejía publica dentro de la misma colección oficial su nuevo libro de poemas “Cantando en la ceniza”, en el cual se acentúan las principales características de su poesía: amor de la tierra, magia de los recuerdos, exaltación de los grandes afectos.

Salvadas las barreras de tiempo y de distancia que a los dos grandes poetas separan, hay sin duda una vena sutil de afinidades entre Luis Alzate Noreña, el autor inolvidable de “Símbolos rotos” y este nuestro joven poeta, no llegado aún a la colina de los treinta años. Los dos —Luis y Fernando— nacieron en el norte de Caldas, cerca de las nieblas cordilleras, en medio del paisaje agrario, con la armonía elemental metida en el corazón y las retinas.

La melancolía sutil, de extracción metafísica, es en uno y otro elemento espiritual ponderado y hondo que, traducido al lenguaje poético, recoge y acendra calidades de inasible belleza y sobrecogedora emoción.

El amor del suelo nativo, la interpretación de los seres y de las cosas, la percepción de su expresa o de su oculta vida natural, la actuación presencial humana, rebasa en ambos la simple estructuración física para entrar en un mundo puro, secreto, iluminado y a la vez esfumado, de significaciones inefables. Los árboles, los caminos, los lugares, las canciones, las palabras, los sueños, el ritmo sosegado y a la vez intranquilo de las cosas idas, tienen una misma significación en la jerarquía poética. Las “Brujas” de Alzate Noreña, comarca de infancia y de dulzura, forma y fondo de la añoranza, no ha de estar muy distante de esas indeterminadas parcelas de cuya azul geografía vienen estos cantos de Fernando Mejía, palpitantes y puros. Y distintos, no obstante, en el terreno de la realización poética, de aquellos que hicieron de “Símbolos rotos” un libro amado e inolvidable.

Fernando Mejía Mejía, quien actualmente desempeña un alto cargo en la Universidad de Caldas de Manizales, Facultad de Filosofía y Letras, ganó recientemente el premio nacional de poesía. Es un hombre de poesía, en continuo trance de superación. Los poemas inéditos que hoy publica el “Boletín Cultural y Bibliográfico”, muestran la evolución en marcha de la inspiración de Fernando Mejía, hacia una mayor simplificación de las imágenes, dentro del concepto moderno, sin mengua de sus finalidades estéticas firmemente ancladas en la entraña telúrica.

SOLO EL DESIERTO LOS AMABA

*Después de las demoliciones
cruzaron unos hombres como sombras extrañas.*

*Añoraron el pan
y el azul remansado de las aguas.*

*Recordaron los días fraternales
entre las arboledas de la infancia.*

*Grabaron sus antiguas canciones
sobre el polvo mojado por las lágrimas.*

*Vivieron los momentos
de las grandes palabras olvidadas.
Sintieron en sus manos
la caricia del viento y de la grama.
Respiraron el aire
de las viejas maderas perfumadas.
Encendieron cantando
leños y sueños en la madrugada...
Pero todo fue en vano,
porque sólo el desierto los amaba.*

SONETO

*Esta es tu vida y ésta mi ceniza.
Este es tu amor y en él mi desventura.
Esta es tu paz y en ella mi pavora.
Este es mi llanto y esta tu sonrisa.
Este es tu corazón que paraliza
mi sangre duramente, y que clausura
mi voz. Esta es la mordedura
de tu llama en mi lengua que agoniza.
Este es tu cielo y éste mi hondo abismo.
Este es tu lecho y éste mi madero.
Este es tu canto y éste mi mutismo.
Este es tu gozo y ésta mi tristeza.
Esta es tu vida donde a diario muero.
Esta es tu brasa y ésta mi pavesa.*

TODO ES UNA MEMORIA DESOLADA

*Paso por el silencio
en desbordada sombra de perfumes.
Caen sobre mis manos
las hojas que ayer fueron quietas alas.
Renace mi palabra...
Vuelvo a añorar la lumbre de las aguas...
Sueño...
No sé por donde voy...
Tal vez fueron los sitios amorosos
que hoy desconozco, porque todo lleva
una fragancia de la flor perdida
que fue despetalando la distancia.
(Ahora solo escucho
la lluvia de la noche sobre el alba).*

MIS MANOS Y TU CUERPO

*Quietas mis manos en la noche
vuelven a ser la soledad.
No pudieron ceñir tu bello cuerpo
como se ciñe un árbol o una piedra.
Cómo serían mis manos
con tu rostro temblando sobre el lino;
sobre tu apretujada curvatura
o invadiendo tu piel adolescente!
Cómo serían mis manos
sobre tu ardiente torso en el estio;
o sobre tu albo vientre
como un tibio racimo en el invierno!
Cómo serían mis manos
en la sombra partida de tu cuerpo!*

ENTERRAD, AMIGOS

A Dubán Mejía Gómez

*Enterrad, amigos, mi palabra...
Enterradla en la noche más oscura
cuando ya no me quede ni siquiera una lágrima.
Pero enterrad, amigos, mi palabra.
Enterradla en el sitio más distante,
donde solo la escuchen mariposas sin alas.
Pero también, amigos, enterrad esta flor
que llora diariamente en mi solapa.
Enterradla cantando.
Pero ésta sí cuando aparezca el alba.
Enterrad esta flor.
Yo la dejé en la noche
y un día amaneció llorando en mi solapa.
Enterrad esta otra flor.
Es una rosa roja y desolada.
Se hunde en mi corazón
como la dura forma de una espada.
Miradla desde lejos
porque agoniza siempre en la distancia
Enterrad esta rosa
para que Wilde retorne llorando su parábola.
Enterrad, amigos, mi palabra...
Enterradla en la noche más oscura
cuando ya no me quede ni siquiera una lágrima...
Enterradla con la rosa roja y desolada
y con esa otra flor que me callo y se calla...
Esa flor que no digo
porque agoniza siempre en mi garganta.*

SONETO DEL AMOR INACCESIBLE

*No la pude alcanzar porque su leve
forma de arcángel era inaccesible.
Todo para mis manos fue posible
menos su hermoso cuerpo de áurea nieve.*

*Hoy en mis ojos lentamente llueve,
y mi voz a su sangre es inaudible.
La perdí para siempre. Oh imposible
realidad que el olvido solo mueve!*

*Amé su eternidad en un instante,
y como si eso fuera poco, tuve
su llama en mi ceniza cavilante.*

*Nada me queda ya. Dura corriente
que por mis días lentamente sube
llevándome a la muerte mansamente!*

OLVIDO

*Yo que fui dueño de tus labios
desatados sobre los míos.
Y de tus ojos que en la noche
le dieron luz a mis caminos,
Y de tus manos que salvaron
mis torvos pasos del abismo...*

*Ahora tú solo eres sombra...
Sombra en la noche de mi olvido...*